

PARA EL HOMENAJE MERECIDO A UN POETA MUERTO SIN MIEDO.

por Jaime Septién

La muerte es la única verdad que nos ha sido dada a conocer, la única certeza de la vida. Así, toda nuestra paradójica existencia es un intenso alegato en su contra, alegato que en algunos pierde intensidad hasta convertirse en leve murmullo y que en otros —muy pocos, dolorosamente pocos— se levanta en forma de grito desgarrado, de blasfemia brutal o encerrada bajo la imagen del poema, de la obra de arte.

El grito, la blasfemia y la poesía son tres formas de rebelarse ante la inminencia de la muerte y cuando aparecen juntas arman una trilogía revolucionaria y absorbente. Conste que rebelarse a la muerte es aferrarse con necesidad al fluir indeciso de la vida, es agarrarse angustiado al fugaz brillo de la existencia; como nos lo mostró Efraín Huerta en sus libros.

Quizá el hecho que más asusta de la muerte es el juicio de los vivos; tarea irremediable para la cual poseemos la memoria, algunas imágenes fotográficas y las obras realizadas que son —siempre— irrepetibles. En la muerte de Efraín Huerta sólo me queda hablar, juzgar, sus obras literarias. Ya su vida plena ha sido recordada por quienes lo conocieron y supieron íntimamente de sus dudas, sus aciertos y sus temores. Yo me quedo con la parte de su existencia que supo vaciar en las incontables hojas que pasaron por su máquina de escribir. Ellas me habalaron directamente, sin tapujos, del sufrimiento, del dolor y de la esperanza humanas; en este momento no puedo más que mirar con envidia las tardes de solidaridad y los gozosos sobresaltos de un hombre que nos indicó claramente que la poesía está ligada de manera indisoluble a la vida.

Es cierto, si algo ha dejado Efraín Huerta en la memoria de la juventud —de nosotros los que nacimos cuando el mundo empezaba a vivir las etapas más sombrías de la automatización, el cinismo y la dejadez— es ese amor no planificado hacia la poesía y la existencia. En una generación llena de muerte, en una juventud —que si bien es cierto, no toda es “ice cream” o tontería cuyas perspectivas se ahogan en el juego de la sin razón y la apatía, la voz de Efraín Huerta debería sonar como un grave grito en contra de todo rostro planificado, en contra de la corriente que traga adolescentes abúlicos, en contra de la indolencia compartida en la que se han convertido el amor y la repulsa social.

El verdadero revolucionario —tal nos dijo Ortega y Gasset, tal nos confirmó Efraín Huerta— es aquel que va en contra de los “usos” sociales y no el que se mueve contra los “abusos” del poder o del aparato represor llámese como se llame. Apenas si es necesario aclarar que la poesía es claramente subversiva, no sólo porque descubre nuevas relaciones entre las palabras, no sólo porque muestra al hombre en su brutal paradoja, sino porque remueve los fundamentos sociales y es una de las pocas trincheras desde la que el hombre puede rebelarse contra la muerte y seguir existiendo en los labios futuros de los futuros lectores.

Por eso, Efraín Huerta sale airoso del juicio de los vivos y —estoy seguro— habrá de seguir latiendo en la menguada juventud que se derrama, habrá de seguir corriendo por la sangre— ¡oid esta generación mía!— de quien quiera morir como los poetas: blasfemando, mentando madres, agarrándose como ebrios a los barandales del infierno, rumiando enfurecidos la triste victoria del tiempo.